

Así, el Ayuntamiento de Madrid tiene en proyecto la formación de una empresa municipal de viviendas que va a funcionar pronto y cuya primera meta es la reconstrucción de 400 viviendas en el centro de la capital de España. En opinión de Ramón Tamames, primer teniente alcalde del Ayuntamiento de Madrid, «Se debe dedicar un gran esfuerzo a la rehabilitación del centro de la ciudad, e, incluso, de los distritos periféricos: es mucho mejor conservar el parque de viviendas existente que no lanzarse a grandes operaciones de nuevas viviendas. Eso es un trabajo muy costoso; urbanísticamente, impresentable; y, socialmente, lamentable. Los barrios tienen que estar relativamente mezclados para evitar lo que se podría llamar ghettos sociales y ghettos de actividades. Una ciudad tienen que estar permanentemente en funcionamiento. Las zonas de una ciudad que a una determinada hora se desertizan se convierten en inutilizables y, a partir de ese momento, como no hay gente, pueden llegar a ser peligrosas».

El día 13 de febrero dos mil vecinos madrileños de los céntricos barrios de Lavapiés y Malasaña se manifestaban en la Plaza Mayor al ver cómo la Administración central pone en peligro la realización del Plan Especial del Ayuntamiento de Madrid que evita la demolición de sus casas —trescientas viviendas declaradas en ruinas—, en un primer intento de rehabilitar el casco antiguo de la capital, proyecto en el cual se van a invertir este año 250 millones de pesetas del presupuesto municipal.

Francisco F. Longoria, hace también hincapié en este tema: «La gente se asocia con su ciudad, se identifica con ella en tanto en cuanto le gusta y se siente integrada en su aspecto físico. El paisaje urbano es importante y el diseño de una ciudad adquiere entonces una dimensión de cultura que es incluso vanguardista. La reinvencción de la ciudad históricamente heredada con una nueva visión, con una nueva manera de revitalizar los usos de la ciudad degradada que nos ha llegado, es una de las grandes oportunidades que se ofrecen al urbanista».

De la misma manera que se habla de la ciudad gótica, y de la ciudad barroca, se tendrá que hablar de la ciudad posindustrial —que es en la que estamos entrando— como una ciudad caracterizada por la diferenciación de sus clases sociales, por una enorme diversidad de espacios, de actitudes, de maneras de vivir y, ante ella, creo que debemos ser fundamentalmente constructivos y positivos». ■ C. R.

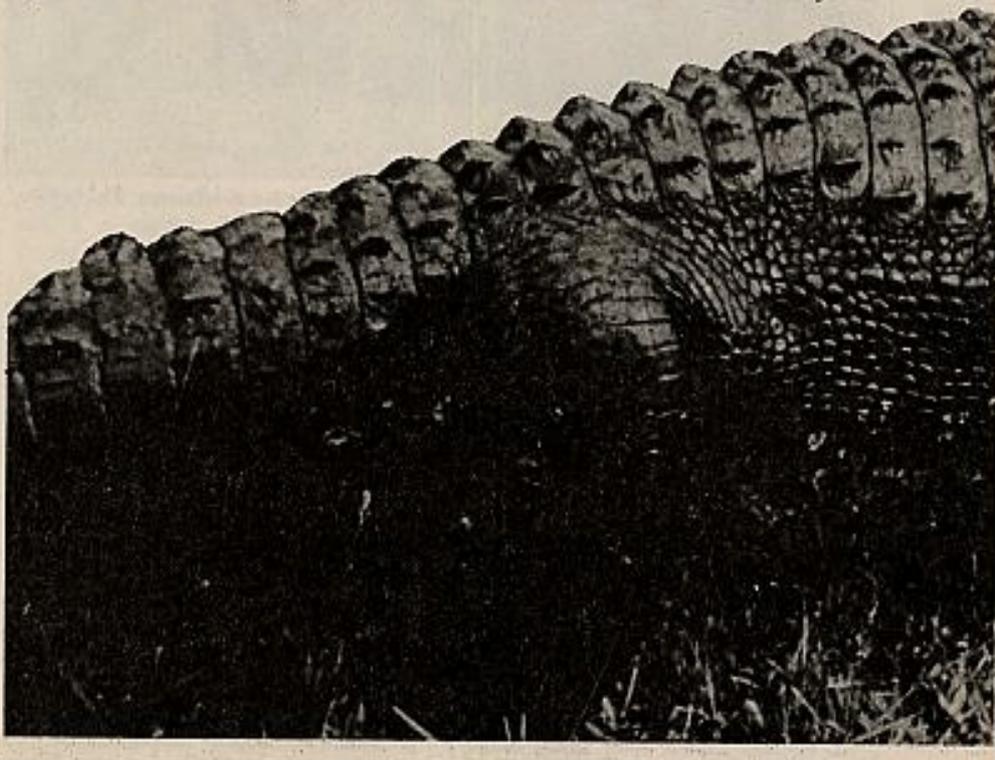
Boceto para un laberinto

MANUEL VICENT

ALGUNOS ciudadanos de Nueva York, al regresar de sus vacaciones en Florida, se llevan a casa como recuerdo un pequeño cocodrilo. Es el detalle inocente del perfecto turista. Pero tampoco es necesario viajar a Miami para darse ese placer subtropical. En Norteamérica existen compañías que te mandan un caimán contra reembolso o te ponen a pie de ascensor una jirafa o un canibal domesticado con el único requisito de que expreses tus señas con letras mayúsculas. En Nueva York está de moda criar cocodrilos en la bañera, es el último capricho que impera en Babilonia. Estos saurios de

criadero chapotean con mucha ternura en agua de grifo con sabor a cloro en el piso 74 de cualquier rascacielos, las amas de casa les compran hamburguesas vitaminadas en el supermercado de la esquina y cuando luce el sol sobre la ciudad los sacan a la terraza dentro de una canastilla de bebé. Después de todo Nueva York no es un conglomerado tan brutal. Allí muchas mujeres acunan en su regazo y cantan nanas a cocodrilos de medio metro.

Pero pasa una cosa terrible. Que el amor a los cocodrilos tampoco es eterno. Sucede a menudo que sus propietarios se cansan muy pronto de esta novedad exótica. Los ven flotar



con el párpado entornado en la bañera durante una semana, dan un cóctel en su honor para presentarlos a los amigos, dejan que los niños los acaricien un poco y un buen día, aburridos del juguete o alarmados porque la fiera va engordando demasiado y puede de un bocado llevarse una mano por delante, deciden deshacerse de este recuerdo de Miami. Lo colocan amorosamente en la taza del retrete y tiran de la cadena. El pequeño cocodrilo baja despeñado por el desagüe dándose cates contra las paredes de la tubería, atraviesa apartamentos, oficinas, salones, vestíbulos, sótanos y por fin, muerto o vivo, aterriza de un panzazo en la charca más profunda de la cloaca. Después de algunos años en las herméticas alcantarillas de Nueva York, que están a cien metros bajo el nivel de la joyería Tiffany's, se ha desarrollado una colonia de cocodrilos blancos y ciegos navegando en la cerrada oscuridad de los excrementos ciudadanos. Lechosos e inadvertentes, con media cabeza soñadora fuera del ciénago, miles de caimanes se reproducen en las raíces de la gran urbe. Es maravilloso. Un centenar de brazas más arriba, sobre la vertical de esta escena, M. Fontaine baila el Lago de los Cisnes.

La ciudad es un espacio mental que está entre la pantorrilla de Margot Fontaine y las viscosas escamas de unos saurios blancos y ciegos, de cua-

tro metros de longitud, inflados de detritus, que crecen en la terminal de los pozos. Se trata de un equilibrio inestable. En medio hay túneles de cemento llenos de mendigos violinistas, patinadores con auriculares en los tímpanos, negros ataviados como aves del paraíso, intelectuales con bufanda abrazados a una bolsa de papel repleta de botellas de ginebra, vallas publicitarias que exhiben rostros de héroes junto a la imagen de tu salchicha preferida, trenes cargados de oficinistas que se destizan sobre los lomos de los caimanes. La ciudad es un espacio mental donde el hombre ha perdido el olfato. En este sentido un primo carnal del ser humano, el gorila Dolfhus del zoológico de Nueva York, dio recientemente una gran lección de sensibilidad. Dentro del jaulón de gordos barrotos Dolfhus se ponía muy nervioso sólo cuando pasaban ciertas mujeres. Era inocente. Dolfhus dejaba que los visitantes se acercaran e incluso por cuatro cacahuets acariciaba el flequillo de los niños. Pero a veces entraba en el radio de su nariz cualquier señorita indeterminada y de pronto el gorila amigo comenzaba a berrear dando furiosos zarpazos en el aire hacia ella para conseguir que fuera su novia. Tuvieron que aislarlo en una cámara de cristal, porque Dolfhus delataba a las señoras que estaban en celo.

La ciudad es un espacio mental

donde el hombre ha perdido la inocencia y el olfato, pero no la puntería. Ese equilibrio inestable de mendigos violinistas, intelectuales alcohólicos y negros iluminados como colas de pavo real puede romperse en el cerebro de cualquier superviviente anónimo que habita una ratonera en el piso 42 de cualquier rascacielos ahumado. Es una mañana radiante de primavera. La calle está llena de carteles, coches, tiendas abiertas y alegres viandantes que acuden al trabajo silbando una balada. Pero de repente a las once en punto al ciudadano innominado de la ratonera del piso 42, le da un ataque de lucidez y decide convertirse en dios antes de que llegue mediodía. Mira por la ventana la calzada atascada por furgonetas de reparto, la frutería con piñas suspendidas de un hilo en el dintel, la tienda de licores, la huevería de azulejos, la pequeña mierda que ha contemplado durante una década de soledad multitudinaria. Se va a la alcoba y coge la escopeta de caza que está plantada detrás del abrigo en el armario ropero. Se cruza el pecho con la canana y de vuelta por el pasillo va cargando el arma con cartuchos del siete. Abre de par en par una ventana con buen campo de tiro, apoya los codos en el alfeizar y suelta un ciego disparo de aviso que da en los cristales de la fachada de enfrente donde hay una oficina y se agitan sombras de mecanógrafas. Desde allá arriba este dios no percibe nada. El primer escopetazo no ha cambiado la mediocridad del paisaje. Enfila los cañones hacia la frutería, aprieta el gatillo y ve con sumo placer cómo saltan las piñas colgadas y se desploman cuatro bultos sobre la acera. Entonces carga otra vez el instrumento y comienza a disparar a su antojo contra todo lo que se mueve, los coches, los peatones, el guardia urbano, los nuevos ciclistas, los tipos del footing. Al instante se produce la desbandada. El héroe se queda muy pronto sin blanco, frente al espacio mental desierto, la calle vacía, la circulación parada, un silencio helado allá abajo y el equilibrio roto.

La perspicacia de los gorilas en el zoológico, las aladas pantorrillas de Margot Fontaine, las bolsas de cocodrilos ciegos de las alcantarillas, la locura anónima en la cúspide de un rascacielos son los puntos cardinales que orientan a los nuevos turistas en la ciudad. ■ M. V.

